



# 8 No son rocas, son palabras<sup>1</sup> They are not rocks, are words

“De las palabras no conocemos  
su último destino”

*El año de la muerte de Ricardo Reis*

José Saramago

\* Wilmar Ospina Mondragón

## RESUMEN:

A lo largo de la historia se ha dicho que uno de los períodos de mayor esplendor estético, en cuanto al arte de las letras, fue la época durante la cual el ser humano concibió que la existencia se fundamentaba, especialmente, en la tragedia. Y, disfrutamos de todo evento trágico porque allí, en lo hondo del precipicio existencial, captamos una extraordinaria transfiguración de nosotros mismos como seres que, antes de ser carne y forma, nos concebimos como verbo, palabra que anuda los sentimientos y pensamientos a los objetos, al mundo y a la vida. Este sabor trágico que hay en el lenguaje tiene una función preponderante: revelar que las palabras nos sorprenden por su condición de exactitud y, más aún, por su capacidad de trans-formar la realidad en un suceso imaginativo que exige una comprensión real de las cosas. Con esta sentencia no estamos aseverando que el lenguaje sea la tragedia en la que se muestra una multitud de hechos que se contraponen a la jovialidad humana; lo que propongo es que el lenguaje posee, en alguna parte de su estructura, rasgos trágicos que le caracterizan porque las palabras registran la realidad sin discriminar lo bueno y malo, lo cierto y lo falso o lo existente e inexistente. En las palabras, simplemente hay una abstracción de todo y ello no indica que cada lengua sea una figuración funesta de la realidad, sino

*\*\*Licenciado en español y Comunicación Audiovisual de la Universidad Tecnológica de Pereira. Magister en Lingüística de la misma institución, Profesor titular de la Institución Educativa Ciudad Boquía. Docente catedrático de la UTP en asignaturas teóricas en función del Lenguaje. Docente de la Especialización en Edumática y de la Especialización en Psicología Clínica de la Universidad Católica de Pereira.  
Contacto:  
waospina@utp.edu.co*

*Recibido:  
6 de Abril de 2015*

*Aprobado:  
13 de abril de 2015*

---

1 El artículo es producto de una reflexión acerca del lenguaje



Foto: Marco Alejandro Escobar

una facultad en la que ese todo es algo real que presente, de igual manera, tanto la noción del ser como la del no-ser.

**PALABRAS CLAVE:**

lenguaje, metáfora, flexibilidad, realidad, palabra, ser.

**ABSTRACT:**

Along history, has been said that one of the periods of greatest aesthetic splendor, in terms of the art of letters, was the period during which the human being conceived that existence was based in particular on the tragedy. In addition, we enjoyed of all tragic event, in the depths of existential abyss, an extraordinary grasp transfiguration of ourselves as beings who before being meat and shape, we conceive as *verb*, word knotting feelings and thoughts to objects, the world and life. This tragic flavor that are in language has a dominant role: reveal that words surprise us due to his *accuracy* status condition and for their ability to *trans-form reality* in an imaginative event that requires a *real* understanding of things. With this decision, we are not ensuring that the language is the *tragedy* in which a multitude of facts that contradict human joviality shown; what I propose is that the language has, in some part of its structure, tragic features that characterize it because words recorded reality without discriminating good and bad, true and false and nonexistent or existing. In the words, simply an abstraction of everything and it does not indicate that each language is a baleful figuration of reality, but a *faculty* in which the *whole* is something *real* that *pre-feels*, similarly, both the notion of being as *non-being*.

**KEYWORDS:**

Language, Metaphor, Flexibility, Reality, Word, Being.

La humanidad nunca ha sido una especie *florecente*. Prosperar, crecer, ganar, dominar, enriquecer, penalizar, juzgar, ejecutar, salvar, son procesos que impiden una verdadera apertura del hombre con los demás seres y consigo mismo. Florecer –y válgame esta metáfora irónica– es el proceso mediante el cual el hombre mira al cielo y sabe que en algún momento Dios le arrojará, con todo su ímpetu, miles de litros cúbicos de agua. Si alguien piensa en la naturaleza como un conjunto de seres en los que se refleja Dios, como si lo natural fuese un reflejo del Todopoderoso, está incurriendo en cierta irracionalidad. Con la lluvia Dios mojará al hombre y sí, lo pondrá de malgenio en algunas ocasiones; en otros momentos lo invitará a la reflexión; y a veces o casi siempre le hará hablar o, tal vez, vituperar, como suele suceder con regularidad. Lo que no sabe el ser humano –y mucho menos Dios– es que la mano del hombre es la mano del Creador, pero, nunca jamás, la mano de la naturaleza. En principio, los dos primeros (hombre y Dios) están divagando en el error. He ahí su gran parecido. La eterna y moderna pelea entre ambos es lo que les ha impedido *floreecer*. Desde un punto de vista particular es una extraña pelea metafísica entre el ser (hombre) y el *no-ser* (Dios). En el fondo, la diferencia entre estos dos estados psicológicos es nimia. Si no fuese por el lenguaje que permite nombrar, desde su dimensión lógica, la especie humana sería una raza más del irreal y conjeturable mundo del *no-ser*. Abajo, en lo hondo del asunto, se encuentra que el hombre habla y comunica sus sentimientos e ideas, Dios no. Aún mejor, el ser humano escribe, abstrae la realidad y la simboliza en unos signos que, más allá de ser simples sonidos y letras, son un conjunto de grafías organizadas, de manera adecuada, en las que se deposita toda capacidad de significar especulativamente el universo para poder *re-estructurarlo* según las correspondencias, consecuentes o inconsecuentes, entre las palabras, los hechos y el mundo. Para el Todopoderoso la escritura sería una tarea desesperante, dispendiosa. Es algo así como entregarle el cubo de Rubik a un niño que apenas conoce los colores y la forma de las figuras geométricas. José Manuel Cuesta Abad (1991), en *Teoría hermenéutica y literatura (El sujeto del texto)*, argumenta que:

La forma lógica del lenguaje, reflejo especular del mundo, establece a priori las condiciones de los enunciados posibles sobre el estado de las cosas (es decir, sobre los hechos que componen el mundo al que se refieren las proposiciones del lenguaje)...

...En un lenguaje tal sólo cabe suponer apriorísticamente que las proposiciones manifiestan hechos posibles en el espacio

lógico, de modo que en tanto no se efectúe la verificación de las proposiciones expresan posibilidades lógicas con respecto a los hechos. Las cursivas son del autor (p, 87-88).

La naturaleza es ese Caos<sup>2</sup> que desde tiempos inmemoriales ha sido nombrado, recreado y transformado por toda civilización humana. Tan solo es necesario echar una mirada afuera, a través de la ventana, y allí se observará la infinita majestuosidad del caos: cercano a nuestros ojos, distante de nuestras manos; cercano a nuestras palabras; frío y silencioso ante nuestros cuerpos. Y, es más que obvio que los humanos de antaño le llamaran Caos a lo que ellos veían: una gran estepa verde forrada de miles de escenarios distintos, animales innumerales, ruidos de horror que presagiaban lo atroz y varias formas de agua que, para aquella época, quizá fuese inconcebible. La diferencia entre nuestros ancestros y nosotros, los hombres modernos, es que la naturaleza de antes era un infinito caos verde; la de ahora es un indescifrable caos gris. Sin embargo, si en realidad el ojo humano está dotado de una verdadera capacidad de observación y, como debería ser natural, íntima con el lenguaje, se descubrirá que la naturaleza verde de ayer y la gris de hoy pertenecen, sin discusión alguna, a la realidad: un antojo por nombrarlo todo. No importa, en la mayoría de las veces, cuál o qué clase de objeto sea, lo que verdaderamente atañe al hombre es identificarlo con un nombre y así evitar, al máximo, las ausencias. En *Breviario de los vencidos*, Cioran (2010) expone que mientras la expresión nace de una plenitud enferma, los hombres están invadidos positivamente de ausencias. Después advierte que: “sufrimos en propia carne la imposibilidad de una expresión. Tenemos demasiado veneno, pero no el suficiente remedio en la palabra” (p, 140-141).

Si se retrocede en el tiempo, llegando a un pasado muy anterior, se descubre que los primeros hombres, nómadas innatos por excelencia, apenas concebían la posibilidad de mirar los rasgos geográficos que se cruzaban, *ipso facto*, ante su desconocido sendero. Para el individuo andariego de aquella época se tornó imposible nombrar las cosas porque solo se nombra lo que es familiar, lo que está más cercano a la pasión y, el andar, que todo lo deja atrás, desligó al ser humano de la admiración

---

2 En la mayoría de sagas mitológicas, el Caos es aquello que existe antes que el resto de los dioses y fuerzas elementales. Se denomina así al estado primigenio del cosmos. El término procede del griego *Χάος*, que significa espacio que se abre o hendidura. Según las *Teogonías* de Hesíodo, Caos fue lo primero que existió, y luego enumera otras figuras cosmogónicas elementales como la tierra (*Gea*), el infierno (*Tártaro*), la luna (*Selene*). Desde una concepción filológica, Caos es una hendidura o resquicio situado entre el cielo y la tierra. Lo que Hesíodo relata es que al principio había un todo informe, que el cielo y la tierra formaban una masa indiferenciada que poco a poco se fue separando.

que iba percibiendo durante el camino. Tirada a la espalda la pasión, nada, absolutamente nada importó. Con el transcurrir del tiempo, esa pasión, artífice de toda comunión, *afloró* y no solo acortó la distancia con las cosas, sino que, además, fundó las bases del sedentarismo y convocó un vínculo trascendental con todo aquello que rodeaba al hombre. En realidad, aquel momento en que el ser humano se detuvo un instante y, por vez primera, conjeturó la posibilidad de asentarse en un único lugar fue determinante para que los objetos y cosas que en el contexto se hallaban fuesen nombradas. Sin el sedentarismo, jamás en los sujetos hubiese surgido la pasión por las cosas; mucho menos, la obligación moral de identificarlas con un nombre y conservarlas en la memoria con una imagen ideal.

Muchos casos en la Historia dan cuenta de que el hombre siempre ha sido un ser de aventuras y travesías, un forjador de sociedades y sistemas políticos que se fundamentan en la conquista de nuevos espacios geográficos, todo ello influido por el lenguaje. El gran imperio griego, ese que se extendió a lo largo y ancho del globo terráqueo y que descifró las relaciones entre el tiempo y el espacio para hacerse inmortal, fue un imperio misérrimo en su primera gesta. Calcas, el gran ojo (oráculo) primario, visiona a través de los sueños y gracias a los dioses que existe una forma de atravesar el mar del oeste y arribar a una tierra llamada Tesalia, donde prosperaría el pueblo de Heracles, devastado por una ola invernal desatada en la región de Anatolia. Luego de establecerse en el lugar sugerido por las deidades, Calcas sabe que puede impartir toda su sabiduría. Aquí comienza la legendaria y tradicional historia del pueblo griego. Después de atracar el Mediterráneo y convertirlo en una de las rutas más concurridas para el comercio, potenciar la creatividad en las artes y la cultura, los griegos ponen, al acceso de todos, los cimientos de las demás civilizaciones occidentales del futuro mediante el uso adecuado de la palabra.

Nada tiene de inverosímil que antes el sedentarismo hubiese descubierto sus sólidas bases en el llamamiento místico de los dioses; tampoco es objeto de rareza concebir el sedentarismo actual como ese producto de acercamiento que propicia la facultad que tienen las palabras para mantener vivo un recuerdo en sus variadas significaciones. Era necesario que en algún momento y por algún motivo, independiente del que fuere, el ser humano se congregara como una especie organizada que vaticinaría no el florecimiento, sino la prosperidad entre sus gentes y su tierra.

Si se repasa un poco la historia de la humanidad, se detecta, a grandes rasgos, que todo grupo humano es gregario por naturaleza y, esta noción

de comunidad, apuntala una necesidad muy clara desde el pensamiento social: la imagen de aquel líder que jalona las riendas del clan para generar procesos de desarrollo arquitectónicos, culturales, académicos, teológicos, políticos, entre otros. Este líder en particular encarna, en apariencia, el discurso especular del oráculo y forja decisiones apropiadas que beneficiarán la comarca. Y, como ya se ha expuesto, el mundo no *es* hasta que se arma con el lenguaje, con la palabra precisa, aquella que no es rígida como las rocas, sino dinámica y plástica, flexible como el hombre mismo. Un mundo nuevo es, por devenir lógico de la materia y de la realidad, un hecho lingüístico indiscutiblemente necesario. En su momento, ¿qué ciudad estaba ya construida y nombrada cuando un grupo humano tuvo la pretensión de fundarla? Hasta donde el entendimiento permite conjeturar, ninguna. La Gran Manzana, por ejemplo, y solo por referenciar una de las tantas megaciudades que existen en el planeta, fue, en sus comienzos, semejante a Macondo: unas cuantas casas —quizá veinte— levantadas a punta de cañabrava y bahareque y dispuesta a que fuese señalada por la palabra. El *apalabramiento* del mundo hizo del hombre, sin reservas ni prejuicios, un ser *más* humano. Por ello, la fundación de cualquier aldea posibilita nombrarlo todo partiendo de una realidad que se *re-nueva* permanentemente desde lo social, lo cultural, lo político, lo religioso, lo imaginativo, lo psicológico y, por ser una facultad inherente al ser humano, desde la pureza del lenguaje.

Al recordar tiempos muy anteriores al actual, cuando aún el hombre carecía de la escritura, se descubre que en sus orígenes esta imagen ideal fue, en primera medida, una “trivial” pintura rupestre que trataba de plasmar, con rigurosidad, la realidad; en segunda instancia, se transformó en algo que iba más allá de lo puramente real: la imagen ideal como *sospecha* del mundo, como conjetura de la misma realidad. Y, solo la maduración de dicha sospecha, propició un paso transicional en la forma de comunicación humana: de la rígida imagen ideal el hombre trasciende al sonido típico y común en el que se abstraen y depositan los rasgos característicos de la realidad y la infinitud de matices semánticos que, de manera simultánea, puede albergar la palabra. Con el afincamiento del hombre en un lugar establecido se instauró como reforma social el sedentarismo y, asimismo, una pasión por la tierra que hizo posible el surgimiento del primer lenguaje humano: señalamientos, ruidos, gruñidos y pinturas. Parece ser que el hombre, desprovisto de muchas habilidades halló, por fortuna, esos primeros códigos lingüísticos (el señalamiento, el ruido, el gruñido...) e inició un largo y complejo proceso de emparentamiento entre las cosas, las pinturas y los sonidos. El dedo, y su franca función de señalar, fue la primera palabra al servicio del hombre. Los sonidos y su gran variedad, por

supuesto posteriores, inundaron el mundo de significaciones. Sin embargo, el hecho más contundente del *primer* ser humano fue sustituir las cosas por las palabras que, con obviada hay que decirlo, fueron aquellas pinturas que representaban la realidad, lo visto y hasta lo imaginado (principio del arte pictórico). Incluso, los misterios fueron, con el tiempo, augurios del lenguaje y no de los instintos humanos. Hoy, en los umbrales del siglo XXI, aquel longevo proceso de nominación del universo aún no acaba. En una de sus preocupaciones filosóficas, Rafael Argullol (2008) plantea, a propósito del hombre antiguo y su encuentro con el lenguaje, que:

Siempre me ha impresionado imaginarme al primer hombre que avanzó hacia el fondo de la cueva para dibujar un signo a través del cual quería preguntar algo que no tenía respuesta...  
...En ese caso, –continúa diciendo–, todo intento del hombre por conocer arrancarían del instante en que surge la cuestión del enigma. A partir de ese punto, los esfuerzos por lograr el conocimiento parecen reducirse a través de la historia de la humanidad como reflejo de ese gesto original, de un grito, de una experiencia que en cierto modo podemos calificar de inefable (p, 9).

Para cualquier lector parecería extraño que este documento, el cual tiene como objetivo desarrollar unos conceptos puramente lingüísticos y literarios, empiece con una diatriba en la que se arremete contra Dios, el hombre y la naturaleza. Se aclara que la relación íntima de esta tríada es ineludible y escindirlos aún peor. En el comienzo, como ya se escribió, solo el Caos (la naturaleza, fuere cual fuese) extendía sus alas sobre la inmensidad del mundo y Dios, acongojado en su soledad, necesitó de alguien que le imaginara. Así, divagando por el enorme caos, el ser humano determina que lo observado es, amén de toda posibilidad y probabilidad, la realidad. Al percibir la materia como fundamento básico de la realidad, concibe, extrañamente, que lo ausente, más allá de perecer en el cuerpo de la *nada* es, del mismo modo, una potente fuerza inmaterial que requiere de cierta facultad imaginativa para concretarse como algo sólido o, al menos, como algo nombrable. Válido es recordar que aquello que se imagina, en cuanto imaginado, nombrado; en cuanto nombrado, real. La pretensión de este artículo es indicar que, para el habitante primigenio de la tierra, la naturaleza fue, por un lado, aquel espacio infinito en el que lo material ocupaba un lugar y un tiempo determinados. Por el otro, esa inmensa presencia invisible llamada Dios o la *nada cósmica* convocó, sin saberse por qué, un ansia loca por potenciar la imaginación. Solo desde ese punto de



vista –la potenciación de la imaginación y por ende de la creatividad– se considera que es preponderante la función y el vínculo de los dioses con el hombre. Antaño, toda civilización humana que se respetase contaba su fragante historia a través de las sagas mitológicas. ¡Lástima que las religiones de hoy hayan hecho del mito un garrote discursivo!

Explicar este asunto es fácil: tanto el Caos (la naturaleza) como Dios son fuerzas potentes que están ahí, y como escribió Kant (2005) son *la cosa en sí*. En este escrito, y para los presupuestos que interesan, se diría que son el *mundo en sí*. Siempre están, inmutables pero están; representan con fidelidad lo que Martin Heidegger (2003) denominó el *ser-ahí* o el ser del hombre: la facultad de uso lingüístico. Cuando un sujeto cualquiera inicia ese proceso de denominación del mundo y entendimiento de las cosas que en él se hallan, descubre, para sorpresa de todos, que ese mundo no es como lo ve y que, verdaderamente, se arma cada vez que se nombra, sea de manera oral o escrita. El mundo es una rara paradoja: existe justo en el momento en el que se le llama estrella, lucero o astro; nunca jamás por la forma geométrica de sus estructuras materiales, sino por las múltiples significaciones del lenguaje. En términos más simples, debe considerarse que la materia es inexistente si no hay una palabra adecuada para nombrarla. Pero, incluso así, esta paradoja cala aún más profundo en el tema que ocupa esta postura: al designar alguna cosa el vocablo usado desvanece la solidez de la materia a una abstracción lingüística, a una compleja *Idea*. Como lo hizo Dios un día, el hombre le insufló, con un soplo lingüístico, el espíritu al universo, a las cosas. De hecho, es importante indicar que la naturaleza *florece* porque asimila, sin manipulación alguna, sus procesos sistémicos internos y los presenta como una realidad indiscutible. Dios, que como lo exponía Borges (2001), está en todas partes y en ningún lado, potenciando exclusivamente la capacidad creativa de la humanidad. Y el hombre, ser pensante que todo lo palpa con su lenguaje, reconstruye sin congojas y con permanencia el mundo (la naturaleza y Dios) que le circunda. El ser humano se ha ubicado en el lugar perfecto de la triangulación, fue y será la pieza que hacía falta al rompecabezas. Como especie el hombre cumple una función determinante: unir, a través de las palabras, lo natural, lo divino y lo humano. En *De lágrimas y santos*, Cioran (2008), como si quisiera despeñar a los sujetos del mundo y, con este gesto deseara abrirles los ojos, explica fenomenalmente que el arribo del hombre a la tierra equivale a una conmoción cuyos ecos alimentan la pesadilla divina. Posteriormente propone que: “el hombre añade una paradoja a la naturaleza situándose a medio camino entre ella y la divinidad. Desde la irrupción de la conciencia (la palabra) las relaciones entre el cielo y la tierra han cambiado” (p. 68).

Estos planteamientos, de carácter filosófico, dejan claro que en la Nada (Dios) y en la naturaleza se observa esa potencia estremecedora que invita al género humano a significarlo todo porque con las palabras evita, claro está, la soledad. Sentirse solo, más que una enfermedad contextual europea y psicológica en América Latina, es encontrarse mudo ante la desmesura de contar con un lenguaje y no saber utilizarlo. La soledad en el hombre es, hasta donde alcance la amplitud del concepto, una “enfermedad lingüística”. La *in-dolencia* por lo tangible hace que el ser humano, cansado ya de esa indiferencia y dejadez por el cosmos, se acerque, paulatinamente, a las cosas que le atañen: las nombra. Acompañados por las palabras los hombres se ligan al mundo en sí; y ese *todo*, distante en lo innominado, se hace más cercano, más propio, más íntimo.

Nombrar algo es inmortalizarlo en el tiempo. Con su uso, ese vocablo inventado y asignado para cada objeto es una ruina lingüística que desmitifica el hecho de que las entidades no son nada y que permanecen ausentes para la posteridad. Lo extraño aquí, en este proceso de nombrar las cosas, es que los objetos denominados se arruinan con el devenir de los días; las palabras no. Ellas siguen vigentes y aunque parezca inverosímil no se derruyen, se mantienen fieles a lo que designan. Es indispensable reconocer, con absoluta certeza, que en la vida solo tienen ánima las cosas. Esa ánima, que no obedece al ortodoxo registro religioso y animista de siglos pasados, son los nombres, el lenguaje. Con esta aseveración no se reduce el discurso teológico a un simple relato esotérico; se propone, desde otra perspectiva, que todo lo que alguien quiere que sea es, indiscutiblemente, en las palabras.

Es muy posible que el universo se vaya de las manos, se escape de nuestro ser, se quede colgando de la punta de la lengua cuando no es pronunciado correctamente con las palabras y el significado exacto que ellas otorgan a las cosas. Es imprescindible pensar que, si en verdad hay un rito transparente y puro, es el ofrecimiento del lenguaje al mundo. Diríase, la palabra como rito *fundacional* del universo. En oposición a este ritual lingüístico, el *culto* como representación dramática del acontecer de un pueblo determinado desde lo social, lo cultural y lo religioso, obedece al hecho sustancial de que dicho culto es una experiencia iniciática en la que se aprenden unos modelos comportamentales que no se renuevan. Desde esta postura es algo que cae, sin discusión alguna, en lo funerario. Otra es la concepción que el rito propone: una explicación prefilosófica y simbólica de los fenómenos que suceden en el mundo y que se adjudican al hombre porque este es quien los desvela; es una permanente *re-actualización* de lo ya establecido, de lo convenido. Parafraseando a Platón (1972) e involucrando un giro

semántico en una de sus sentencias, puédase argumentar que es un deber y una obligación que el hombre aprenda a decir lo *indecible* con el rito. Para eso fue hecho, y es una necesidad considerar que es la única postura sensata que llevará a los individuos a conjeturar intuiciones profundas que van más allá de la pura realidad. Si no se *re-actualiza* el mundo con el lenguaje, seguro la “especie dominante” está condenada a desaparecer en la hondonada de lo establecido, en lo paupérrimo de lo convencional. El *ritus*, como fue denominado por el pueblo griego, es el proceso mediante el cual se transforma la realidad en una enorme incertidumbre universal. Es hallar en lo demostrado y aceptado un punto frágil, una ruptura, una fisura que permite entrever que del otro lado de la luz existe un campo abarrotado de cosas que enseñan sus sombras y que invitan a establecer un vínculo indiscutible entre lo nuevo y la palabra con la cual se designará esta novedad. *Ritualizar* (*re-actualizar*) es perseguir, incansablemente, una duda que conduce a revolucionar lo dicho. Sería algo así como buscar un pequeño pretexto para *re-escribir* el universo entero. No es una rareza para el ser humano que solo en el instante en que una cosa se nombra y se *re-nombra* tantas veces como se pueda, se vislumbra, con asombro, el áurea de la perfección. Desde el primer atisbo lingüístico perpetuado por el ser humano de antaño queda claro que lo nombrado permanece vivo para lo *porvenir* y, además, recordado para el *pasado*.

El enmarañamiento observado en el cosmos se da porque nuestros ojos, que son los que hacen la comunión entre lo externo e interno, entre lo lejano y cercano, así lo ven. Pero, ¿el hombre está seguro de que el mundo es un ovillo porque así lo percibe? ¿Acaso el mundo no es un revoltijo porque el lenguaje es una facultad pertinente para designar y significar las cosas de múltiples maneras, llegando a metaforizar el objeto nombrado? Ante la capacidad creativa que tienen las palabras para otorgar variadas significaciones a las cosas, es más que obvio que el ojo quede anonadado al ver que un solo objeto alberga, en su interior y en su forma, muchos nombres y significados colaterales al contexto en el que se halla. El problema filosófico de un orbe desordenado, caótico o enredado no es cuestión de visión, es un asunto legítimo del lenguaje, de las palabras y de esa misma *re-actualización* que permite el rito al dejar nombrarlo todo con cierta carga semántica particular o colectiva. Por argumentos como este, muchos lingüistas han elaborado sus estructuras conceptuales y han abocado, *vox pópuli*, que esa capacidad única y exclusiva del hombre llamada lenguaje solo se *revitaliza* en lo popular. Si un evento humano se *re-elabora* por el contacto de sus partícipes, se está hablando de un verdadero ritual. Esto es lo que sucede, constantemente, con el lenguaje. En cuanto a la *re-actualización*, cualquier idioma deja ver que es inexistente en el hombre —y

aún mayor en la tierra— la verdad, los secretos, los objetos, las figuraciones, las cosas, los sentidos y los significados. Estas acepciones humanas y otras más subyacen en algún vago rincón del lenguaje y, como si fuese un presagio inevitable del rito, se muestran materializadas en las palabras que tienen como función primordial *anticipar* las características secretas de las cosas y objetos que referencian. No solo basta el nombre, hay algo en él que conserva la *quintaesencia* de esos objetos que derruirá el tiempo: el significado, lo que verdaderamente permanece. El nombre *estabiliza* las cosas; el significado, por el contrario, las dinamiza. En otros términos, las palabras preceden a la realidad y así se halla una fuente poderosa de comunicación: descifrar lo real. Considérese, en un primer momento, que la realidad es una infinita *Tábula Rasa* en la que nada existe y, en segundo lugar, que lo real es esa misma tabla en la que todo se ha escrito, en la que todo es una *re-actualización* lingüística. La contraposición *realidad-real* invita al hombre a vislumbrar el mundo como un escenario total en el que la realidad es un proceso natural mediante el cual se nomina el universo. Lo real, por su parte, muestra que es una obligación humana *resignificar* lo que ya ha sido nombrado. El aparejamiento de estas dos concepciones, al *re-escribir* el mundo, denuncia que la realidad es un nombre, algo estático; luego, lo real es un significado que existe exclusivamente en las palabras y no en la materia, que cambia, asimismo, con el espacio y con el tiempo. El argumento consiste en identificar que la oposición (binarismo) *realidad-real* no *pre-supone* un aumento de los hechos hasta el delirio total. Es de notar que la quimera no pertenece a la concepción ontológica de la realidad que se manifiesta en cualquier escenario habitado por el hombre; este delirio deviene del entendimiento real —y, en muchas ocasiones, personal— de la flexibilidad propia que hay en las ideas. Verán: el ocultamiento (camuflaje) permanente de la realidad y de lo real en las palabras lleva a conjeturar que una guerra es innecesaria cuando las cosas que la propician no pueden tocarse con las manos porque los síntomas que la provocan son puramente argumentos retóricos, armas lingüísticas.

Y, sin embargo, nominar las cosas es un proceso fácil y limpio: despejado, ausente de recovecos y obstáculos. El problema radica en nombrar esas cosas y luego calificar, alguna por ejemplo, de azul. Es ahí, en el vocablo *aẓul*, donde la mente arde tratando de hallar, por doquier, algún vestigio de aquel fragante color. Al no encontrarlo, la soledad aprisiona los sentidos y la imaginación despunta, como es lógico, en la fría imagen de un cielo o en la lejana hondura de la mar, que al ser concebidos con el lenguaje ya son propios e, incluso, sí, definitivamente azules. En medio del desespero por querer encontrar aquella tintura celeste, se intenta surcar las alturas o nadar sobre la superficie marina para descifrar el azul profundo de estos

dos espacios. Con rareza se encuentra que uno —el cielo— es más bien blanco, como un charco de leche; el otro —el mar—, translúcido como el cristal. ¿Será la imaginación una producción gratificante del lenguaje o, tal vez, será aquella lágrima que se encarna en la lengua? Las respuestas al anterior interrogante pueden ser múltiples y muy complejas; pero se debe comprender, por lo menos, que la acción de nombrar es, en su conjunto, la primera operación que ejecuta el hombre para metaforizar el universo. La función más pura de la metáfora es acortar la distancia descomunal que hay entre lo humano y las cosas; además, como potencia creativa, tiene la obligación de reconciliar al ser humano con la fría, seca y monótona existencia de esas mismas cosas: con la realidad. La metáfora es una forma válida de *señalar* con las palabras.

Por lo visto, la relación *cosa-palabra, nombre-metáfora*, obedece al régimen de lo novedoso (lo real), siendo el ser humano quien realiza dicho proceso de reinención. El hecho de adjudicar una *nueva palabra* para una *nueva cosa* genera una rara pesadumbre, un atroz desprecio por lo acabado y, por este motivo, al nombrar algo se considera que X sujeto ha ejecutado un acto mortal, un acto percedero. El nombramiento de las cosas y sus conceptos fatales es lo que lleva a los individuos, obligadamente, a reinventar el mundo y las palabras. Si ese síntoma letal de lo acabado no existiera en el hombre, el lenguaje sería el más burdo de los fetiches y, con obvedad, no sería necesario. Lo nuevo solo existe en el ser humano y este en el lenguaje. Por ello, cada *cosa nueva* que se asoma al mundo viene impregnada, en su composición abstracta, por un significado que le ofrece la palabra, el lenguaje. Pensar en lo real es validar la teoría en la que se propone lo nuevo como todo aquello que se hace con las palabras.

Soportar la existencia de las cosas en las palabras no significa que en el lenguaje no haya un serio problema: cuando el hombre aprendió que la palabra le acercaba el mundo se entregó, como un enfermo desquiciado, a la ardua tarea de interpretarlo todo. Mediante las palabras el ser humano ya no necesita tener el objeto ante su presencia y es cuando entiende que no tiene sentido ver lo nombrado. El lenguaje desplazó el objeto y la carne se reemplazó por la palabra. Con las cosas materializadas en la expresión lo único que importó fue comprender e interpretar lo que decía la palabra, invirtiendo el proceso de comunicación que hasta el momento se mantenía con el mundo. Antes, al nombrar lo que se observaba, el uso del lenguaje permitía patentar el vínculo directo que se establece entre el hombre y la realidad; ahora, al imaginar lo que se nomina, se ha generado una enorme distancia entre el ojo y la materia para resarcir el concepto ambiguo y utópico que se advertía en lo inimaginable. Así, es válido decir que nada de lo que se expresa pertenece al hombre, aunque haya salido de su boca. He

ahí la magnificencia del lenguaje: permite hacer de lo ausente una presencia (imagen) inmediata que llega y, como es natural, vuelve y se va, se diluye con el viento. Hablar o escribir no indica que las cosas que se plasman con la palabra pertenezcan a alguien; por el contrario, al hacer uno de estos dos procesos ese *Yo* que nombró algo, como ente psíquico, le pertenece a ellas. Deleuze, por ejemplo, hizo parte de la melancolía cuando escribía sobre la condición humana desde un punto de vista triste, trágico, desgarrado; pero ello no quiere decir que siempre haya sido un ser melancólico. En el fondo, el hombre es *dependiente* del lenguaje y, con dicha dependencia, detractor de las cosas, de la materia. Estas fisuras originadas, justo en la línea en que se aúnan la realidad y la imaginación, la materia y la palabra, develan, al parecer, una grave enfermedad esquizoide sufrida por los hombres: el deseo mental de nombrarlo *todo*, la ansiedad incurable de volver todo cuanto sea visto o pensado a la imagen con el lenguaje. Se construye un mundo abarrotado de imágenes con la palabra y en ello se deposita la capacidad de existencia humana. Esta es la razón por la cual Sigmund Freud (2011) supo, desde un comienzo, que su *Teoría del Psicoanálisis* era una compleja red de vínculos de significados que, en la mayor de las veces, podría tornarse disonante; sin embargo, denunciaría que los seres humanos jamás renuncian a las cosas, al placer de sentir que se interiorizan en su alma a través de las palabras con las que nombran el universo o las imágenes con las que, de igual manera, lo sueñan. En cualquier caso, la teoría freudiana determina que permanentemente se sustituye la realidad, la imaginación y los sueños por el vocablo, quizá no el más adecuado, pero sí el más representativo para las expectativas significantes de cada quien. En términos menos psicoanalíticos y mucho más lingüísticos esto es: con la palabra se experimenta el placer en la sensualidad del cuerpo; también en la desgarradura de algunas dolencias. Desde el devenir lógico de una situación paradigmática, se puede aducir que en las *expectativas significantes* hay gestos más profundos que una vana sonrisa; así, por ejemplo: la palabra lágrima. Y, además, toda puerta conduce a gran encierro. ¿Acaso las caracterizaciones de ese cuerpo, esa dolencia, esa sonrisa, esa lágrima, esa puerta y ese encierro no son resolubles mediante el lenguaje? ¿Acaso no existe un enorme parentesco entre el cuerpo y la puerta, el encierro y la sensualidad, la desgarradura y la sonrisa? Nada, en la hondura del lenguaje, es complejo; del mismo modo, nada en su superficie será elemental. Lo *complejo* y lo *elemental* son una cuestión irreversible del asombro, de esas relaciones freudianas que más allá de desarrollar referentes teóricos son, en el hombre, relaciones pragmáticas, puramente lingüísticas. En *El equilibrista*, el escritor argentino Andrés Neuman (2005), en uno de sus aforismos, propone que: “asombrarnos de lo elemental de manera compleja, o asombrarnos de lo complejo de manera elemental. En esa

elección nos jugamos todo el lenguaje” (p,76). Considerar la vida del ser humano como un factor indiscutible de evolución y desarrollo solo es posible en la medida en que este constituya el lenguaje en un medio indispensable para evocar la realidad por medio de la palabra adecuada y sus múltiples significaciones, porque, en lo profundo de esta disertación, lo que importa no son los hechos, sino la forma como se pueden *re-estructurar* con el uso del lenguaje. La frontera entre la realidad y el lenguaje no es un espejismo absurdo; es una palabra, como en *El mito de la caverna* de Platón (1972), dotada de sentido.

Si en realidad existe un lobo asechando al hombre, esperándolo con sus afiladas garras, no para destrozarlo, sino para armarlo de poder y asombro ante lo complejo y elemental del universo es el lenguaje, fuente distante de todo absolutismo. En este sentido, la metáfora no se transforma en una construcción lingüística que descubre la belleza absoluta; es esa red de vínculos en la cual se revela que lo disonante siempre encuentra un lugar preponderante en la realidad. Con el lenguaje el ser humano tiene la obligación de intuir que el bien no descarta la necesidad del mal; que la metáfora enseña que lo bello supone la previa noción de lo feo. Esta aparente disonancia que se halla, en muchas ocasiones, entre el lenguaje y las cosas, entre las imágenes y los vínculos metafóricos que subyacen de la palabra, indica que la búsqueda de metáforas es solo para combatir el horror insoportable de la belleza, la realidad e, incluso, la imaginación, porque no todo lo que se escribe con cierta magnificencia estética es bonito y, aún menos, conserva la verdad total.

Expiar en las metáforas esas ataduras que subyacen de la palabra y que rememoran el absolutismo de la realidad es permitir que ella se escape de las manos en cuanto se nombra. Al marcharse –la realidad– lejos de los hombres, haciéndose de nuevo innombrable, se incurre en el primer paso hacia la incertidumbre, que no es otra cosa que el sendero incierto de la imaginación. Todo evento inacabado, especulativo e imaginativo es algo que, más allá de convertirse en vana apariencia, pertenece, en cambio, al devenir propio de la misma *realidad*, a la transformación de lo *real* en lo que, conceptualmente, se denomina *imaginación*. En cuanto a lo imaginario, sería inútil que el hombre tratase de comprender colectivamente el mundo en sí. Con esta actitud, muy humana además, estaría cayendo en un profundo exceso de perspectivas parcas y lineales. Si se piensa y, tal vez, se analiza de mejor manera, se comprende que el hecho de hacer *existir* el mundo con palabras unilaterales demostraría que la humanidad presenta una gran tendencia a la desaparición; en el mejor de los casos, al mutismo. El instinto creador del hombre con su lenguaje anima las cosas pero, paradójicamente,

comprenderlas lo relega a la soledad, a lo acabado, a lo inexistente. El problema de adjudicar nombres o metáforas a las cosas consiste en que, al hacerlo, cualquier sujeto queda fuera del lenguaje y, por supuesto, fuera del *Yō*, del sujeto pensante y reflexivo. Es extraño que el lenguaje socave una tumba para el individuo que comprende y, de igual forma, para el que no lo hace. En ambos caos, es de vital importancia el *rito lingüístico* como proceso de reactualización de lo comprendido. Verán: la sustancia de que está hecho el hombre es la desesperación; todo individuo sufre de desespero al querer decirlo todo y no encontrar las palabras indicadas. Ante esta disyuntiva, solo el aparejamiento con el ritual lingüístico podrá, realmente, *avivar* al hombre.

La auténtica facultad del lenguaje no reside en su capacidad de cordura, sino en su capacidad de ruptura. Romper las convenciones es permitirse armar de nuevo el significado de las cosas que están tanto en el mundo de la realidad como en la impresión de ausencia que genera la *no-realidad* que, desde el planteamiento filosófico del lenguaje que interesa para este artículo, ratifica la presencia orgánica de lo *real-imaginativo*. Tormentoso es considerar siempre las cosas con su mismo nombre o, como ya se enunció, con una misma metáfora. Un tormento aún más dulce y vivaz es pensar en cómo transformar ese nombre y esa metáfora sin que la *cosa* referenciada pierda su *esencia*. Al realizar una reflexión exhaustiva sobre el lenguaje se halla que lo verdaderamente importante es conservar la esencia de las cosas en las palabras y, al mismo tiempo, no desconocer que la sustancia de que se hacen estas es, en primera instancia, de significación real; en segundo lugar, aunque se considere paradójico, de tiempo, duración e *in-existencia* (imaginación). Para Ludwig Wittgenstein (2008), en el lenguaje se tocan expectativa y cumplimiento. Según el filósofo vienés, una de las figuras más influyentes del siglo XX sobre las disertaciones del lenguaje en el mundo contemporáneo, sería cómico decir que un proceso tiene distinto aspecto cuando ocurre que cuando no sucede. O bien: una mancha roja tiene distinto aspecto cuando está que cuando no existe. No obstante, el lenguaje hace abstracción de esta diferencia y permite hablar de esa mancha roja, tanto si está como si no estuviera. Se tiene la sensación de que la negación de una proposición en cierto sentido debe hacerse primero verdadera. Después propone otro ejemplo interesante en el que se delata esa relación intrínseca que se da entre la capacidad de materialización del lenguaje y la contraparte inexistente o ilusoria de la misma realidad. Literalmente escribe así:

¿Pero acaso no debo saber cómo sería si yo sintiera dolor? –  
No podemos dejar de pensar que la utilización de una oración



consiste en que uno se imagine algo con cada palabra.

No nos damos cuenta de que calculamos, operamos con las palabras, las transferimos con el tiempo a esta o aquella figura. –Es como si se creyera que, por ejemplo, una petición escrita de una vaca, que alguien me entregara, debiera ir siempre acompañada de la imagen de una vaca para que la petición no perdiera sentido.

Saber qué apariencia tiene alguien: poderse la imaginar –pero también: poder imitarla. ¿Hay que imaginársela para poder imitarla? ¿Y no es el imitarla igual de fuerte que el imaginársela? ¿Cómo es si le doy a alguien la orden “¡Imagínate un círculo rojo!” –y luego digo: entender la orden significa saber cuál es el resultado cuando ha sido ejecutada –o incluso: poderse imaginar ¿cuál es el resultado? (p, 315-317).

El hombre confía en que crea un aposento seguro en el mundo con las palabras y allí, con ellas, se guarece del peligro, del temor, de lo desconocido, de la aparente dureza de las piedras. Y, aunque estas rocas milenarias pierdan el peso y su materia se disuelva en la palabra, se puede vislumbrar también que, cuando se mira hacia arriba, hacia la inmensidad del universo y del lenguaje, se descubre que el aposento carece de techo, porque en muchas ocasiones las cosas pierden su esencia, las palabras su tiempo y capacidad de significación y el hombre, obvio está, su capacidad de comunicación. La desazón que se siente, en primer lugar, al comprender el lenguaje es que lo desconocido, muy lejano de cualquier consideración, comienza a familiarizarse con el contexto en el que se desenvuelve el ser; en segunda instancia, con este proceso de comprensión del universo a través de la palabra se contrapone, paradójicamente, el tiempo y todos sus matices lingüísticos con el resurgir propio y natural de la Historia. La palabra resulta ser una indestructible memoria en la que se halla toda la historia de la humanidad; sin embargo, de forma antitética, cumple una de sus funciones más vitales: revelar el porvenir, hacer las veces de conjetura, mas no un instrumento revelador de la verdad absoluta. En lo hondo de esta discusión sobre el lenguaje, lo que se plantea no es un acertijo inconsecuente, sino una premisa en la que se revela que ninguna *verdad* es verdadera, pues lo único que se localiza en medio de la verdad es una sarta de errores que posibilitan la renovación constante de la palabra. Si cada cosa que se dijera con el lenguaje fuese verídica, el proceso de reversibilidad y de ojear la Historia, hecho contundente en la evolución humana, se tornaría un fracaso inminente. Por función ontológica es el yerro –más que la verdad– el proceso mental que más ha permitido

evolucionar al lenguaje. En ambos casos, recordar el pasado y revelar lo porvenir; no existe otra cosa que el hallazgo del error en los destinos de la palabra presente. Quizás por eso el destino, contenido en el tiempo que transcurre, es una palabra (hombre) que tiende a equivocarse, una esperanza del futuro revestida de incertidumbre. Lo incierto invita a *re-escribir* la Historia; asimismo lo esperado, lo anhelado.

La validez de este vaivén especular del lenguaje es que tanto la Historia como el futuro coexisten naturalmente en el tiempo y se *re-estructuran*, de forma invariable, con las palabras. La base de toda nueva construcción lingüística, se dirija esta hacia el pasado o hacia el futuro, se vislumbra en el error. En este texto es necesario entender que el error no es todo aquello que se juzga equivocado, sino lo que se revela en esa tentativa infinita de acercamiento a la verdad de las cosas. Sería insensato pensar que el lenguaje es un equívoco irreparable; por el contrario, es una estructura signífica tan elocuente que permanece sobre los principios de la perfección. Es más, de ahí no se mueve: el lenguaje es perfecto, quienes se equivocan constantemente son los seres humanos. Y, como si fuese una de las bellas paradojas kafkianas, se descubre que en esos errores humanos con respecto al uso lingüístico se apuntala, con gran firmeza, la capacidad de pensar, crear y reescribir el mundo mismo, esa capacidad de asumir el lenguaje como una facultad que potencia el conocimiento. Muchos son los motivos por los cuales no se interioriza el mundo acabado de la verdad y, uno de ellos, estriba en que la vida resultaría demasiado monótona, plana y rectilínea: autómata.

La construcción de metáforas con el lenguaje es una especie de tentativa hacia el conocimiento: se metaforiza en cada intento de *re-significar* las cosas. ¿No es, acaso, la metáfora un tanteo y una experimentación de significados? ¿No es la metáfora esa comprobación infinita con la que trata el hombre de acercarse a la verdad de las cosas? En lo profundo de esta trama los errores no son fallos irreparables, sino múltiples ángulos de visión desde donde se observa la verdad. En otros términos, la certeza de la metáfora no satisface tanto el escueto asunto de la belleza, obedece más bien al ángulo de visión interior que cada quien tiene sobre las cosas, sobre el *mundo en sí*. Oculto en este último postulado se detectan los conceptos de ser y devenir que promulgó, en algún momento de la historia clásica, Heráclito de Éfeso (2004). De estas dos concepciones, aparentemente arcaicas para la época actual, subyace el juicio de que *nada* estaba en la quietud total, que *todo*, absolutamente todo, permanecía en constante movimiento. Si se contextualizan ambas ideas con el mundo moderno, se detallará que el *Ser* como *Sujeto* deviene de una transformación continua

donde nada escapa al proceso de nacimiento y destrucción. En este caso, la relación antinómica nacimiento/destrucción no señala, como muchos han querido ver, la aparición y desaparición de las cosas. Lo que metafóricamente advierte esta acepción binaria es que las cosas dependen, por un lado, de los sentidos humanos, en especial la visión; por el otro, de la posibilidad del lenguaje para ser nombradas. Así, por ejemplo, para un observador A, que se encuentra a 500 metros de distancia de un río, el caudal va a estar quieto o, por lo menos, pasivo. Para un observador B, que se ubica en la orilla del mismo torrente, el fluir de las aguas va a ser, considerablemente, más caudaloso. ¿Quizá A y B no están frente al mismo río? O lo que es mejor: ¿para A es un río distinto del que está en la retina de B? Sucede lo mismo con las cosas y el lenguaje: todo *depende* de la mirada y de las palabras con las que se desea nombrar lo observado. Como resultado de esta reflexión, se podría afirmar que la metáfora no es un objeto exclusivo de la creatividad humana; es una rara intuición que vincula la *esencia* con la *forma*, el *significado* con la *cosa*. Si se retoma el ejemplo anterior, otra lectura de este paradigma dejaría determinar que las perspectivas panorámicas, aunque retraten el mismo paisaje, son distintas: para B el río efectivamente es un raudal enfurecido tratando de huir de un paisaje estático y reducido. Para A sería lo opuesto: un río quieto, anclado en un paisaje amplio y dinámico, móvil. Eso es el lenguaje y, en especial, la metáfora: un paradójico juego de nacimiento y destrucción, de estatismo y movilidad.

¿Qué pasaría si el mundo fuese una partícula monocroma y plana? La respuesta es más que obvia: el lenguaje igual sería algo plano y monosilábico. Solo a través de la experiencia del hombre con el mundo el lenguaje se vuelve a lo *fragmentario*, condición esencial de la existencia y el vitalismo humano. Categóricamente, la fragmentación de la existencia lleva, de manera obligada, a determinar que el lenguaje también lo es. En este campo relacional, hombre-lenguaje, existencia-palabra, no se trata de hallar vínculos unilaterales, sino cierta diversidad lingüística que localiza su mayor fuerza en la metáfora. El fraccionamiento de la existencia vigoriza la capacidad de ser humanos, cada vez con mayor ímpetu, en el uso apropiado del lenguaje desde lo individual y lo colectivo; de no ser así, tanto el hombre como el lenguaje sucumbirían ante el absolutismo existencial. Esta fragmentación de la existencia y, de manera colateral, de la realidad, deja al descubierto los errores o imperfecciones de la verdad; esas contradicciones que hacen avanzar al hombre en la comprensión del mundo, teniendo en cuenta que el concurso dinámico y fluido del lenguaje y sus diferentes variantes de uso son preponderantes para poder apresar en las palabras el significado que dicta esa diversidad que se encuentra en las cosas y, por ende, en el conocimiento.

Con el lenguaje no solo se puede comprender el mundo, nombrar lo que en él hay y acercarse paulatinamente al conocimiento; también aflora esa facultad con la que se logra crear muchas cosas, al tiempo que pueden ser liquidadas o transformadas por otras tantas. El *Ánima mundi*, que se instauró durante el Renacimiento, revolucionó el auge de progreso desde las ciencias y la tecnología y convocó una búsqueda incansable del ánimo de las cosas, desplazando a Dios como fuerza y espíritu de toda forma material e inmaterial que existiera en el universo. Se concibió, para aquella época, que los objetos tenían otras posibilidades de análisis menos religiosas, menos ortodoxas. El desplazamiento de Dios y del hombre fue indiscutible; mientras que la aparición de muchos artefactos fueron la razón suficiente para entender que el argumento de la estética vanguardista de aquel entonces proclamó, para bien de la humanidad, el ocultamiento de la cruz como símbolo de congregación, reemplazándose por la máquina, aparato que permitiría la unión –fácil, instantánea y mediática– del hombre con el universo. Buscando esa nueva ánima de las cosas el hombre pasa de una *Psicología del temor* a una *Psicología robótica*. No obstante, si se mira al pasado con precaución, se descubrirá que el animismo, siendo un proceso místico muy anterior al Renacimiento y a la Grecia clásica, fue bastante similar al promulgado como bandera y emblema del hombre moderno. Causa cierta incertidumbre pensar que aquellos individuos que pintaron en el interior de la caverna de Altamira sus primeras imágenes sobre el mundo no estaban, como se cree erróneamente, solo representando la realidad que veían; también estos sujetos de antaño quisieron preguntar, con esas pinturas paleolíticas, sobre el origen de las cosas. Animismo y *Ánima mundi* son, en sus concepciones lingüísticas más profundas, dos maneras de llegar al mismo punto: la revelación *mistérica* de las cosas y el descubrimiento del saber: el hallazgo del hombre en el mundo. Al interior de la gruta cantábrica se descubre que la pintura rupestre fue uno de los ciclos pictóricos más preponderantes de la Prehistoria. El realismo de las figuras concebidas, más allá de convocar la realidad como fuente fidedigna de representación, apunta hacia el hecho de intuir que esa misma realidad podía abstraerse en pinturas que funcionaban como signos que indagaban, de manera arbitraria, sobre el origen de las cosas, sobre el ánimo de la que está dotada el universo. Una escritura del color y de la forma condujo al hombre de ayer a potenciar el lenguaje como una facultad que indiscutiblemente acortaría el espacio entre la *cosa designada* y el *nombre usado* para dicho propósito. Lo fantástico de la literatura consiste en que es, de algún modo, esa pintura lingüística en la que, desde toda postura, se ve plasmada la realidad y todos sus aconteceres, sean estos verídicos o imaginados. Como si fuese un sueño, en lo hondo de una obra literaria cualquier persona puede tropezar con secretos militares, amañamientos políticos, despropósitos morales y

éticos, extrañas apariciones, expiaciones de la muerte, desplazamientos tecnológicos, mofas sociales y un sinnúmero más de eventos que deben, en primer lugar, revelarse en el lenguaje y, después, como tarea obligatoria, interpretarse no desde una ortodoxia lingüística, sino desde una especie de explotación creativa dada perfectamente en la metáfora como recurso exclusivo de la palabra. La poética de una metáfora bien lograda reside en el hecho de que una sola expresión puede determinar una amplia gama de implicaturas que, en principio, aparecerían como desconocidas y desconectadas, pero que, a la posteridad, van a desvelar otras posturas y relaciones con el objeto o situación referenciados mediante dicha figura. Ahora, en la actualidad –y desde siempre– el lenguaje es una metaforización de la realidad en la que se busca el origen o ánima de las cosas, donde la creatividad es atributo de lo dialógico, de la plasticidad que hay oculta en la palabra. La metáfora es la vinculación de dos o más *Ideas* que tienen como punto en común la discrepancia de significados en cuanto a sus referencias cognitivas y un acercamiento profundo en su esencia u origen desde los rasgos emocionales de los seres humanos. En el momento en que dichos significados antagónicos se relacionan, aunque sea de manera sutil, se gesta la metáfora como espíritu o ánima de las cosas aparentemente aisladas, y es justo allí donde la palabra se vuelve elástica.

Este despertar del ánima, propio del animismo antiguo y de la búsqueda del *Ánima mundi* durante el Renacimiento, es consecuencia del ímpetu y la necesidad de hallar en las cosas y, especialmente en las que expresa el lenguaje, esas formas proteicas desconocidas. Proteo, a diferencia de Poseidón, representa lo oculto, lo aparentemente aislado; es en sí una fuerza en la que no se manifiesta la ira y la tormenta, propias del amo y señor de los mares; por el contrario, en él se revelan, como en un oráculo mágico, la atracción por el abismo, el acercamiento al acantilado, el llamamiento de la profundidad, la oposición temor/pánico y, como si fuese poco, el estancamiento del tiempo en las ruinas; en definitiva, Proteo simboliza, metafóricamente, que las cosas no son rocas, sino palabras.

En este artículo se visibiliza que el lenguaje es un vehículo en el que se va registrando, paso a paso, cada suceso y, sin embargo, todo queda inacabado. Como si fuese Poseidón enseñándonos las aguas del mar, el lenguaje revela, ciertamente, los eventos que van tejiendo la vida de los seres humanos de principio a fin. No obstante, de manera particular y novedosa, la metáfora, inmersa en ese mismo lenguaje, se presenta con la imagen de Proteo, esa fuerza arcana en la cual se indica que la forma no es el legado de algo mecanizado, sino la sensata certidumbre de aquello que varía con permanencia. Por simple analogía es pertinente inferir que el

lenguaje (Poseidón) es la estructura superficial; mientras que, la metáfora (Proteo) es la estructura profunda, lo que no se ve pero deja intuir múltiples significados y relaciones. La imaginación, a la que alude la imagen de Proteo, es una metáfora que representa no solo la experimentación como un proceso de transición entre la ciencia, la tecnología y el progreso, también divulga que el desprendimiento del *Yō* de la razón es inminente e indiscutiblemente necesario para que la ciencia se vincule con el arte y deje a un lado, como debe ser, su auge decadentista. Israel Scheffler (1991) considera que todas las metáforas tienen un contenido cognitivo, pero son reemplazables, en lo que a este contenido concierne, por equivalentes literales. Más adelante propone, en su texto *Más allá de la letra*, que:

Desde esta perspectiva, lo distintivo e importante sobre las metáforas no es su contenido cognitivo, siempre expresable de otra manera, sino más bien su significado emotivo, que, en general, carece de equivalentes adecuados. Todo el contenido cognitivo de “Un viento afilado precedía la tormenta” queda preservado después de reemplazar “afilado” por un equivalente literal, como en, e. g., “Un viento muy frío precedía la tormenta”. Es el contenido emotivo lo que se ha perdido. Pues adjetivar “viento” con “afilado” (más bien que con “muy frío”) desborda una presunta restricción del uso de este adjetivo, produciendo sorpresa, agudizando la atención, y fortaleciendo los sentimientos negativos asociados a las cosas afiladas. “Afilado” no tiene, así, un plus de contenido cognitivo, comparado con sus equivalentes literales, sino que tiene, más bien, un contenido emotivo adicional (p, 171).

Conviene decir que es imposible saber con exactitud hace cuántos milenios el ser humano produjo sus primeros golpes de voz articulados. Lo que sí puede deducirse es que el grito y otros sonidos guturales que han precedido a la habilidad de hablar y al arte de nombrar las cosas son tan poderosos como la materia de que están hechas las piedras, las palabras mismas. Con el transcurrir de los siglos, el lenguaje como facultad humana es la única constancia histórica que revela el desarrollo del hombre en cuanto a la palabra (oral y escrita). Y, es este desarrollo lingüístico el que permite indicar que las lenguas no son reliquias de un pasado glorioso; son el depósito en el que se halla la realidad, el lugar común en el que se vislumbran las *Ideas* e imaginaciones humanas.

El esplendor del lenguaje radica en que puede evocar la realidad en el contenido de sus palabras. Hay en él toda una estructura simbólica

formada por una infinitud de figuras literarias que inevitablemente elevan el significado de las cosas. Y, esta elevación del significado, trasciende la forma del objeto y exige comprender la multiplicidad de sentidos que se hallan en su fondo conceptual. Toda palabra hace parte del sistema sónico de una lengua determinada; pero, también conforma el sistema figurado que deviene de la relación lenguaje-realidad. Lo que hace la palabra es convertir, en lugares comunes, los objetos de la realidad. En otros términos, el lenguaje muestra *real* la realidad.

Al convertir las cosas en un evento *real*, la pretensión del lenguaje es disfrutar de la realidad a través del deseo de la imaginación. Con el uso de la lengua el hombre aprende a desahogarse de la presión que imponen los sentimientos y pensamientos, las ideas propias. La proliferación y uso adecuado del lenguaje amplía las concepciones que, con regularidad, se tienen de las cosas. En este caso, la amplitud conceptual (contenidos) por medio de la cual se desarrollan procesos cognitivos y comunicativos no caen en una rara sensación de ambigüedad; se manifiestan como un refuerzo *real* de la realidad que aumenta todos los niveles de comprensión y, este crecimiento, abonado a la imaginación, es mucho más placentero y jovial. En suma, abstraer la realidad y depositarla semánticamente en el lenguaje posibilita ver el universo para poder *re-crear* el propio mundo, según las aspiraciones de cada quien. Lo importante aquí es que nada, tanto en la realidad como en la imaginación, quede al margen del lenguaje, porque el hombre que descubre placer en lo desconocido también lo encontrará en la novedad de sus palabras.

Los objetos no se buscan en el reflejo de las palabras como si fuesen Narcisos incompletos; la analogía propuesta trasciende los límites de la razón y define que la palabra es la *cosa misma*, con todas las caracterizaciones y sentidos que implican su presencia y su forma, su estado real y su contenido. El mito de Narciso sugiere reflexionar que lo humano es un reflejo con atisbos de totalidad; mientras que, la realidad y el lenguaje funcionan como estructuras de total perfección. Tan certera es esta interpretación del mito que Narciso pilló, en la superficie de un riachuelo su fealdad y, en las palabras de su lengua materna, la profundidad de su belleza.

## Bibliografía

Argullol, Rafael, (2008). *Aventura. Una filosofía nómada*, Editorial Acantilado: Barcelona.

Borges, Jorge Luis (2001), *Otras inquisiciones*, Editorial Emecé: Buenos Aires.

Carpio, Adolfo P, (2004). *Principios de filosofía*. Editorial Glauco: Buenos Aires.

Cioran, E.M, (1998). *Breviario de los vencidos*, Editorial TusQuest: Barcelona.

\_\_\_\_\_, (2008). *De lágrimas y santos*, Editorial TusQuest: Barcelona.

Cuesta Abad, José Manuel, (1995). *Teoría hermenéutica y literatura (El sujeto del texto)*, Editorial Visor: Madrid.

Freud, Sigmund, (2011). *Introducción al Psicoanálisis*. Editorial Alianza: Madrid.

Heidegger, Martin, (2003). *Ser y tiempo*. Editorial Trotta: Barcelona.

Hesiodo, (2010). *Teogonías*. Editorial Gredos: Barcelona.

Kant, Immanuel, (2005). *Crítica de la razón pura*. Editorial Tecnos: Madrid.

Neuman, Andrés, (2005). *El equilibrista*, Editorial Acantilado: Barcelona.

Platón, (1972). *Obras completas*, Editorial Aguilar: Madrid.

Schffler, Israel, (1991). *Más allá de la letra*, Editorial Visor: Madrid.

Wittgestein, Ludwig, (2008). *Investigaciones filosóficas*, Editorial Crítica: Barcelona.